

Aguas aéreas

Los mitos y Seamus Heaney

David Huerta

El mito del gigante Anteo es el mito de la tierra y la fuerza. Anteo comparece en dos poemas de Seamus Heaney (1939-2013) del libro *North* (1975) y aparece de nuevo, significativamente, en el discurso pronunciado por el poeta en ocasión de su septuagésimo aniversario, en el año 2009: Heaney le dedica a Anteo uno de los pasajes más emotivos de ese discurso. También es significativo el hecho de dejarlo un poco *en el aire*, como si más bien le hubiera servido de punto de referencia o de enclave simbólico del cual deben ocuparse, sobre todo, los lectores, los críticos, el auditorio. Es ahí, en ese discurso de 2009, una sugerencia, una suscitación. Al poeta irlandés el mito de Anteo le interesó siempre, o siquiera durante un largo tiempo.

Anteo, poderoso hijo de la Tierra y de Neptuno, toma de su madre las energías para luchar y es por ello invencible; o mejor dicho, *casi* es invencible: cuando Hércules combate con él, los esfuerzos del héroe están encaminados a sostener a Anteo por encima de la superficie de la tierra, para evitar la renovación de las potencias destructoras del gigante: Hércules lo abraza con firmeza, lo levanta y de esa manera lo aleja de la fuente de su poder: consigue debilitarlo y al final lo derrota.

La metáfora está servida para hablar de Irlanda, la tierra o patria de donde el poeta toma su fuerza y su capacidad para luchar, para escribir, para cavar en el humus nutricio del lenguaje —esa otra tierra de quien escribe o excava, no con una pala sino con la pluma, según las líneas finales de “Digging”, primer poema de *Death of a Naturalist*, uno de los más citados de Heaney, más ampliamente memorizados, examinados e incluidos en compilaciones antológicas. Ese poema tan conocido traza simultáneamente,

como con punta de plata, un complejo recuerdo de infancia y propone una poética terrenal, terrestre, en la cual las tareas de cavar, explorar y hurgar en la tierra se funden con el acto de la escritura. Es una de las numerosas poéticas trazadas por Heaney en sus libros.

La tierra es la vía de mediación de todas las potencias y de todos los elementos. Es la *physis* de los griegos —y, en particular, de la ciencia aristotélica—: el dominio más activo, denso de vidas y de significados, del mundo sublunar. Decimos *tierra* y con ello invocamos presencias materiales y abstracciones diversas: las parcelas labrantías, la patria, el lodo, el polvo, la irregular esfera planetaria. Tenemos “residencia en la tierra”, como nos hizo ver a principios de los años treinta un poeta admirado por Seamus Heaney: el chileno Pablo Neruda, a quien el irlandés hizo un hermoso homenaje en *District & Circle*, su libro de 2006. Neruda, el poeta del Gran Océano, el visionario de las alturas de Machu Picchu, fue bien leído por el poeta de los *bogs* irlandeses: es como un diálogo al mismo tiempo secreto y evidente, público e íntimo, no tanto ya entre poetas y voces, sino entre los elementos, transidos de calor humano y empapados por las vibraciones del lenguaje articulado en su expresión de mayor poder —la poesía, desde luego.

La historia legendaria de Anteo, para Heaney, dice varias cosas: es una formulación grandiosa del poder nutricio de la tierra, nuestra inmensa *Alma Mater*; es una metáfora del conflictivo y a veces desgarrador apego al país natal; es una alegoría de las luchas de Irlanda por su independencia —y encierra una clave mitopoética de la vida interior y de sus tensiones. Pero las consideraciones sobre Anteo, hechas con

un serio apoyo intelectual, están más allá de mis fuerzas: entran en el terreno de los estudios clásicos. Los curiosos pueden ampliar el tema de Anteo con un repaso de las páginas de Pausanias, Ovidio, Lucano y Apolodoro, entre muchos otros autores; siempre es bueno recomendar un buen diccionario: ahora lo hago con el magnífico diccionario de mitología clásica de Antonio Ruiz de Elvira, donde pude orientarme para unos cuantos vislumbres sobre esa figura.

Este último punto, la vida interior, es de enorme interés para explicarse amplias zonas de la poesía de Seamus Heaney. Constituye una visión original de la psique del poeta y un horizonte único para asomarse a la subjetividad del trabajo artístico. Intentaré echar un poco de luz sobre este punto.

En esa visión de Heaney sobre la liza interna, una especie de Hércules interior lucha continuamente con el Anteo subjetivo o interno para elevar el espíritu hacia otras zonas del mundo sublunar. Las potencias del arraigo terrenal, terrestre, regional, nacional o local, luchan con el poder de elevación de las otras potencias; estas despliegan un esfuerzo sostenido por desarraigarlos y situarnos en el viento, en el fuego, en el agua —en cualquier otro sitio diferente del lugar de nuestro nacimiento, al cual, por supuesto, nos dirigimos por instinto, por elección o por convicción.

Desde otro ángulo, esa lucha y esa tensión podrían verse como el conflicto milenario de los nómadas y los sedentarios, los cazadores y los recolectores, los viajeros y los constructores de ciudades. En términos micropoéticos, yo, al menos, la veo como una cifra de la lucha entre las tendencias al apego a la tradición y los impulsos para separarse de esa misma tradición. Si esto tiene algún viso de sensatez, el poeta Seamus

Heaney es uno de los ejemplos mayores en el ámbito de la poesía moderna para resolver felizmente esa lucha, esa tensión en el interior del poeta y en sus escrituras. Esas escrituras, versos, ritmos, cadencias, entretejidos con los significados, constituyen la forma exterior de ese conflicto.

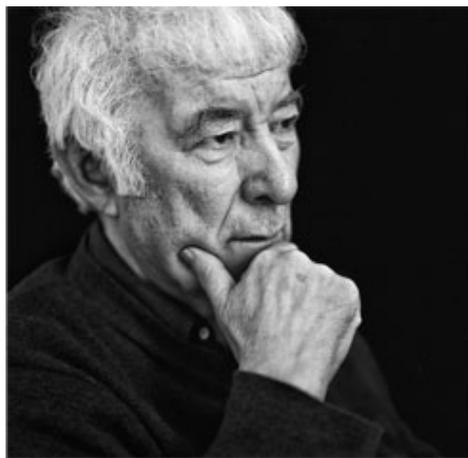
La dicotomía podría prolongarse en diversos juegos. Propondré uno más: la imagen de otro gran poeta irlandés, William Butler Yeats —con quien tan a menudo se compara a Seamus Heaney—, sobre la retórica y la poesía. De inmediato señalo esta manía de los poetas modernos de atacar a la retórica —una manía heredada en línea directa de los románticos, y sobre la cual vale la pena reflexionar un poco en nuestros grupos de discusión y seminarios sobre poesía. (Aquí solamente lo apunto, pues me aleja de mi tema).

Yeats distinguía con toda convicción entre retórica y poesía. La retórica era para él un instrumento verbal para dirimir las querellas con los demás, con los otros. La poesía, en cambio, es el arma, a veces sublime, para entablar batallas con uno mismo. A ras de tierra, los problemas con nuestros semejantes son asunto de la retórica; la poesía es la materia de las exploraciones interiores. Con ser seductora esa idea, tiene la limitación de limitar la poesía a la expresión lírica. La poesía-Hércules nos eleva por encima de la retórica-Anteo: nos abre las puertas interiores. La retórica nos ayuda a lidiar con el mundo, con los asuntos terrenales.

Aun a los lectores más distraídos no dejará de llamarles la atención la intensidad de la conciencia mitopoética de Seamus Heaney.

La conciencia mitopoética no es nada más una peculiaridad psicológica ni un rasgo personal o “cultural” de un poeta; es la raíz, el cimiento de sus construcciones; esa conciencia es, en todos estos sentidos y dimensiones, uno de los centros vitales del trabajo de Seamus Heaney.

No todos los poetas poseen esa conciencia y algunos, aun poseyéndola, no la ejercen: cuando no se echa mano de ella, de esa conciencia, y de sus derivas instrumentales, queda apenas como un vaho, en el mejor de los casos, y envuelve o contamina ligeramente los versos, o una neblina vislumbrada a lo lejos, detrás de las imáge-



Seamus Heaney

nes o de las descripciones. Heaney, en cambio, fue capaz de poner en movimiento, con enorme destreza, con imaginación, con originalidad, una serie de mitos de diversas tradiciones para integrarlos en su poesía: su conciencia mitopoética fue ejercida con energía en diversos ámbitos, desde las calas folklóricas, legendarias, y las recreaciones en el mundo rural de su infancia, hasta las rehechuras de la tradición clásica, por el camino de la traducción libre —admirablemente libre, debe decirse, además de imbricada profundamente con los intereses vitales del poeta. El mito de la infancia merecería un capítulo aparte en cualquier estudio de la poesía de Heaney, desde luego. Los críticos no han dejado de manifestar su asombro ante esa capacidad de evocación y recreación de los años de niñez en *Mosbawn* y *The Wood*, además de los momentos en la escuela, en los juegos, en la soledad del niño.

Los dones de traductor de Heaney brillaron en las dos tragedias de Sófocles —una de ellas del ciclo edipiano, la otra troyana o filotroyana— trasladadas por él al inglés. La primera operación mitopoética de Seamus Heaney ante las tragedias de Sófocles, tan ceñidas y nobles como se sabe, culminación del estilo sublime en el mundo antiguo, fue modificar los títulos de *Antígona* y *Filoctetes*, convertidas respectivamente en *The Burial at Thebes* y *The Cure at Troy*. Con ello les dio una dimensión inédita: las palabras “*cure*” y “*burial*” van al centro de las dos historias y les dan nuevos significados para su presentación ante los lectores modernos.

Los mitos son la carne misma de infinidad de poemas. Lo fueron para los de

Seamus Heaney. Entre esos mitos, el de Anteo se ramifica en diferentes direcciones. Un solo verso abre el abanico mitopoético de una manera especialmente llamativa; ni siquiera es propiamente un verso sino una terna de nombres, puestos en el poema como señales para quien desee interpretarlas; es, propiamente, un verso y medio:

... *Balor will die*
and *Byrthnoth and Sitting Bull*...

Anteo, el nombre del gigante líbico, es puesto al lado de los nombres de Balor, de Byrthnoth y de Sitting Bull: la figura de una leyenda celta, un héroe semilegendario de la historia de Inglaterra y un personaje notorio en la historia de los Estados Unidos. Un cuadrángulo con un complejo común denominador: la lucha, la derrota, el gigantismo. Hay también un “sustrato terrenal” en todas esas figuras, en sus hazañas y en sus destinos. Tres de esos cuatro son gigantes: Anteo, Balor y Byrthnoth; Sitting Bull, el jefe indio lakota enemigo de Custer, y luego triste aliado bufonesco de Buffalo Bill en un circo ambulante, lo es de una manera figurada, pues en el momento glorioso de su lucha representó a su pueblo —gigantismo del héroe o del dirigente, podríamos llamarlo—, encabezó a los aborígenes resistentes, al final subyugados por el poder imperial llegado del otro lado de las brumas oceánicas. Sitting Bull, Toro Sentado, lucha en contra de la ocupación imperialista de su tierra: eso solo lo identifica con Anteo, el gigante adverso a la incursión expansionista del héroe Hércules, símbolo —símbolo evemerista, si se quiere—, en este caso, del poder griego.

Nota: Esta “agua aérea” es solamente el principio de una conferencia dictada en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, por invitación del Colegio de Letras Modernas, al final de la jornada de homenaje a Seamus Heaney del pasado 7 de mayo. Pura López Colomé tradujo para la *Revista de la Universidad de México* el discurso de 2009, “Lunes de Pascua”, mencionado al principio: ese discurso se publicó en el número 69 de nuestra revista, en noviembre de 2009. **U**